

días, pues me conocía personalmente, y me hablaba en tono amable y familiar, como se hace á un antiguo amigo:

— ¿Es posible que vos, un antiguo paje de cámara, un sargento del cuerpo de pajes, os halléis envuelto en semejantes asuntos y encerrado actualmente en esta horrible casamata?

— Cada uno tiene su manera de pensar — repliqué.

— En este caso, ¿creéis que era necesario provocar una revolución?

¿Qué debía yo contestar? Si respondía que sí, daría lugar á que dijeran que yo, que me había negado á manifestar nada á los gendarmes, «lo declaraba todo» al hermano del zar. Me parecía el jefe de una escuela militar cuando trata de hacer «cantar» á un cadete. Y, sin embargo, tampoco podía decir no, porque hubiera sido una mentira. No sabiendo, pues, qué contestar, opté por no decir nada.

— Lo véis; os avergonzáis ahora de vuestro proceder.

Esta frase me irritó, y en el acto le repliqué con viveza:

— Ya he contestado al juez instructor y no tengo que añadir nada nuevo.

— Me extraña que no comprendáis — me dijo en un tono familiar — que no os hablo como un juez, sino como simple particular, completamente como tal — agregó bajando la voz.

En aquel momento invadió mi mente una multitud de pensamientos. ¿Tenía que proceder como el marqués de Posa? ¿Debía decir al emperador, por conducto de su hermano, que Rusia estaba desolada, que los campesinos se hallaban arruinados, que los funcionarios públicos cometían toda clase de crímenes, que en perspectiva se presentaba terrible y amenazador el espectro del hambre? ¿Habría de manifestar que lo que nos proponíamos era ayudar á los campesinos á salir de su desesperada condición, á hacer que levantaran la cabeza, y procurar así, por todos los medios posibles, influir en el ánimo de Alejandro II?

Estos pensamientos pasaron rápida y sucesivamente por mi imaginación, hasta que al fin dije para mí:

— ¡Jamás; qué tontería! Todo eso lo saben ellos demasiado; pero son enemigos del pueblo, y semejantes palabras no les harían cambiar.

Le contesté, pues, que para mí siempre sería una persona oficial, y que no podía considerarlo en otro concepto.

Entonces empezó á hacerme preguntas, al parecer indiferentes.

— ¿No fué en Siberia, con los decembristas, donde comenzásteis á sustentar tales ideas?

— «No; sólo conocí á uno de ellos, y no hablé con él nada de particular.

— ¿Fué acaso en San Petersburgo donde las adquiristeis?

— Siempre he pensado de igual modo.

— ¡Como! ¿Teníais semejantes ideas cuando estábais en el cuerpo de pajes? — me preguntó con asombro.

— Allí era un niño, y lo que se encuentra indefinido en la juventud toma forma y carácter en la edad adulta.

Después me hizo otras preguntas de la misma índole, y á medida que hablaba me parecía leer en su pensamiento su intención. Era indudable que se proponía sacar de mí algo concreto, para poder decir á su hermano: «Los jueces son unos imbéciles; á ellos nada ha contes-

tado, y yo, en menos de diez minutos, he logrado hacerle confesar». Esto empezaba ya á cargarme, motivando que, al preguntarme:

— ¿Qué queríais hacer con esos campesinos y gente desconocida?, le respondiera secamente:

— Ya os he dicho que he contestado al juez de instrucción.

Entonces el gran duque se marchó bruscamente de mi celda.

Los soldados de la guardia forjaron una leyenda sobre la citada visita. Por parecerse ligeramente al gran duque Nicolás la persona que vino en carruaje á recogerme en el momento de mi fuga, llevar como aquél gorra militar y tener también barba rubia, supusieron que había sido el gran duque en persona quien me había prestado ese servicio. Así se crean las leyendas, hasta en esta época de periódicos y diccionarios biográficos.

## V.

Habían transcurrido dos años; varios de mis compañeros perdieron durante ese tiempo la vida, otros la razón, y, sin embargo, aun no sabíamos cuándo se vería nuestra causa en la Audiencia.

Mi salud empezó á quebrantarse hacia el fin del segundo año. El banco de roble se me hizo más pesado, y los ocho kilómetros me parecieron interminables. Como éramos unos sesenta los que estábamos en la fortaleza, y los días de invierno son cortos, sólo nos sacaban á pasear veinte minutos por el patio, una vez cada tres días. Hice todo lo posible por mantener mis energías; pero tan prolongado «invierno ártico», sin tener descanso alguno en el verano, me causó un daño atroz. De mis excursiones siberianas había traído como recuerdo ligeros síntomas de escorbuto, que ahora, en la oscura y húmeda casamata, tomaban caracteres más distintos. Esa calamidad que tanto abunda en las prisiones, se había apoderado de mí.

Al fin, en Marzo ó Abril del 76 nos manifestaron que la Sección Tercera había terminado el sumario preliminar y que pasaba la causa á la autoridad judicial, por cuyo motivo nos trasladaron á la cárcel inmediata á la Audiencia, la cual está construída según el modelo de prisiones celulares belgas y francesas. En ella estaban los detenidos mejor que en la fortaleza, porque tenían más medios para comunicarse con sus familias y amigos, y al mismo tiempo con los vecinos de celda, usando el procedimiento de los golpes. Yo llegué por el citado medio á contar á un joven que estaba en la inmediata toda la historia de la *Commune* de París, invirtiendo en ella una semana.

En cuanto al estado de mi salud, se empeoró más aún, debido á la pesada atmósfera de la pequeña celda, que sólo medía cuatro pasos de un ángulo á otro, y en la cual, desde que empezaban á funcionar los tubos de calefacción, cambiaba la temperatura desde un frío glacial á un calor insoportable.

Como había que girar con tanta frecuencia, á los pocos momentos de pasear me mareaba, y los diez minutos de ejercicio al aire libre, en el rincón de un patio cerrado entre altos muros de ladrillo, no me servían de mucho. Respecto al médico de la cárcel, que no quería oír la palabra «escorbuto» pronunciada «en su prisión», mientras menos se hable de él, tanto mejor.



Se me permitió recibir la comida de casa, lo que se podía hacer con tanta más facilidad, cuanto que una parienta mía, casada con un abogado, vivía muy cerca de la Audiencia. Pero de tal modo se debilitaron mis fuerzas digestivas, que pronto no pude comer más que un poco de pan y uno ó dos huevos al día; mi decaimiento avanzaba aceleradamente, y la opinión general era que sólo me quedaban unos meses de vida. Al subir la escalera que conducía á mi celda, que se hallaba en el segundo piso, tenía que detenerme á descansar dos ó tres veces, y recuerdo que en una ocasión un viejo soldado de la escolta me dijo, compadecido al verme: «¡Pobre hombre! No llegaréis al fin del verano».

Tal estado alarmó extraordinariamente á mi familia; tanto, que mi hermana Elena hizo todo lo posible porque me concedieran la libertad bajo fianza; pero el procurador Shubin la contestó sonriendo sardónicamente: «Si me traéis un certificado facultativo afirmando que morirá dentro de diez días, lo soltaré». Teniendo la satisfacción de ver caer á mi hermana en una silla y llorar amargamente en su presencia. Ella, sin embargo, logró que me reconociera un buen médico: el director del hospital militar de San Petersburgo. Era un general ya de edad, pequeño, vivo é inteligente, quien, después de examinarme escrupulosamente, vino á concluir en que no tenía ninguna enfermedad orgánica, padeciendo únicamente de falta de oxidación de la sangre. «Todo lo que necesitáis es aire», me dijo, y después de un breve momento de duda, agregó de un modo resuelto: «De nada sirve hablar; no podéis permanecer aquí; tenéis que pasar á otra parte».

Unos diez días después fui transferido al hospital militar, que está situado en un extremo de la capital, y tiene una pequeña prisión para los oficiales y soldados que caen enfermos estando sumariados; dos de mis compañeros habían ya pasado á ella cuando era seguro que morirían pronto de consunción.

\* \*

En el hospital empecé á reponerme con rapidez. Me dieron una habitación espaciosa en el piso bajo, junto al cuerpo de guardia, la cual tenía una gran ventana que daba al Sur, desde la que se veía un pequeño boulevard con dos hileras de árboles, y más allá un ancho espacio donde doscientos carpinteros se hallaban ocupados en la construcción de unas barracas de madera para enfermos de tifoidea. Todas las tardes dedicaban una hora ó cosa así á cantar en coro, como acostumbraban á hacerlo las agrupaciones de ese oficio. Y un centinela cuya garita estaba frente á mi habitación, se paseaba arriba y abajo por el boulevard.

Mi ventana estaba abierta todo el día, y yo me bañaba en los rayos del sol, de los que me había visto privado por tanto tiempo. Aspiraba el aire embalsamado de Mayo con toda la fuerza de mis pulmones, y mi salud mejoró con rapidez, quizás con demasiada, me llegué hasta pensar. Pronto estuve en disposición de digerir alimentos ligeros; gané fuerza y reanudé mi trabajo con nuevas energías. No viendo manera de poder terminar el segundo tomo de mi obra, escribí un resumen de él, que se agregó al primero.

En la fortaleza oí decir á un compañero que había estado en la prisión del hospital, que no me sería muy difícil fugarme, por cuya razón dí cuenta de que me hallaba allí á mis compañeros. Sin embargo, la cosa no resultaba tan fácil como me habían hecho creer. La vigilancia á que estaba sometido era verdaderamente extraordinaria. El centinela del corredor tenía su punto de parada en mi puerta y nunca me dejaban salir al exterior. Los soldados del hospital y los oficiales de guardia, al entrar donde yo me encontraba, parecían temer estar en mi compañía más de un minuto ó dos.

Mis amigos imaginaron varios proyectos de evasión, algunos muy originales y divertidos. Yo debía, por ejemplo, deslizarme á través de la reja de mi ventana, eligiendo para esto una noche de agua, y en el momento que el centinela del boulevard estuviera medio dormido, dos compañeros que se hubiesen acercado cautelosamente, empujarían por detrás la garita, haciéndola caer sobre aquél, que se encontraría cogido como el ratón en la ratonera, debiendo yo entre tanto saltar por la ventana. Pero la mejor solución se presentó de un modo inesperado:

Un día me dijo un soldado al pasar junto á mí: «Pedid permiso para salir un rato á pasear». Aproveché la idea, y con el apoyo del médico, conseguí que me permitieran pasear por la tarde, de cuatro á cinco, por el patio de la prisión. Debía hacerlo vestido con la bata de franela verde que usan los enfermos del hospital; pero todos los días me daban mis botas, mi chaleco y mis pantalones.

Jamás olvidaré mi primer paseo. Cuando me sacaron, se presentó ante mi vista un patio de unos trescientos pasos de largo por más de doscientos de ancho, todo cubierto de hierba. Su puerta de entrada estaba abierta, y á través de ella podía ver la calle, el inmenso hospital de enfrente y las gentes que por aquella transitaban. Me detuve en el dintel de la prisión, sin poder de momento continuar avanzando, cuando vi aquel patio y aquella puerta. En uno de los lados del primero se levantaba la mansión referida — edificio estrecho, de unos ciento cincuenta pasos de largo —, en cada uno de cuyos extremos había una garita. Los dos centinelas, al pasearse arriba y abajo ante dicho local, habían marcado una vereda en el césped; por ella me dijeron que paseara, y como aquéllos también lo hacían, nunca estaba á más de diez ó quince pasos de uno ó de otro. Tres soldados del hospital estaban sentados junto á la misma puerta.

En la parte opuesta de este espacioso patio, una docena de trabajadores descargaban unas carretas que habían traído leña, y apilaban ésta contra el muro. Una alta cerca, formada de tablones gruesos, rodeaba el lugar mencionado, cuya puerta siempre estaba abierta para facilitar la entrada y salida de los carros. Esta puerta me fascinaba; comprendía que no debía mirarla fijamente, pero los ojos, maquinalmente, se dirigían á ella.

En cuanto entré en mi celda escribí á mis amigos para comunicarles tan buena nueva. «Me siento casi imposibilitado de usar la clave — escribí con mano trémula, trazando signos poco menos que ininteligibles en vez de cifras. — El ver tan de cerca la libertad me hace temblar, cual si fuera presa de la fiebre. Hoy me han sacado al patio, cuya puerta estaba abierta y los centinelas á cierta distancia de la misma. Por ella



pienso salir, y confío no me han de coger aquéllos. Dando yo mismo el siguiente plan de fuga: una señora ha de venir en un carruaje descubierto al hospital; deberá bajarse y aquél esperarla en la calle á unos cincuenta pasos de la puerta. Cuando me saquen á las cuatro, me pasearé con sombrero en mano, y alguien que pase ante la puerta verá en ello una señal de que no hay novedad en la prisión. Entonces debéis contestar con otra que signifique «calle libre», sin la cual no me moveré; y una vez fuera, confío que no han de capturarme. Para vuestra señal sólo deben usarse la luz y el sonido. El cochero puede enviar un rayo de luz sobre el edificio, sirviéndose como reflector de su sombrero charolado, ó mejor aún, se puede utilizar una canción que no deje de entonarse, mientras no haya novedad en la calle, á menos de que no se pueda ocupar la casita gris que se ve desde el patio y hacer la señal desde su ventana.

«El centinela correrá tras mí como el perro tras de la liebre; pero como tendrá que describir una curva, mientras que yo correré en línea recta, siempre le llevaré algunos pasos de delantera. Ya en la calle, saltaré al carruaje y partiremos al galope; si el soldado hace fuego, sufriremos las consecuencias, puesto que el evitarlo no se halla á nuestro alcance; de todos modos, entre una muerte segura en la prisión y otra problemática en el arroyo, la elección no es dudosa».

Se hicieron otras proposiciones; pero en definitiva, se adoptó dicho plan. Nuestro círculo tomó el asunto á su cargo, y personas que nunca me habían conocido aportaron su concurso, como si se tratara de libertar al más querido de sus hermanos. Sin embargo, la cosa estaba erizada de dificultades, y el tiempo transcurría con terrible velocidad. Trabajaba bastante, escribiendo hasta bien entrada la noche; pero, á pesar de todo, mi salud mejoraba con una rapidez que me parecía alarmante. La primera vez que me dejaron salir al patio, iba arrastrándome como una tortuga á lo largo de la vereda; ahora me sentía con fuerzas suficientes para correr; pero siempre seguía aparentando lo primero, por temor de que me suspendieran el paseo; mas lo impetuoso de mi carácter podía hacerme traición á cada momento.

Mis compañeros, entre tanto, tuvieron que dar participación en el asunto á multitud de personas, buscar un caballo de confianza y un cochero experimentado y arreglar infinidad de contrariedades como siempre surgen en torno de tales empresas. En los preparativos se invirtió como un mes, y el día menos pensado estaba expuesto á ser llevado nuevamente á la cárcel.

\* \* \*

Al fin se fijó el día de la fuga. El 29 de Junio, según el antiguo cómputo, es el día de San Pedro y San Pablo, y mis amigos, dando un toque de sentimentalismo al asunto, querían libertarme en ese día. Me comunicaron que, en cuanto señalase yo que dentro no había novedad, ellos contestarían elevando un globo rojo, de los que sirven de juguete á los niños, lo cual significaría que tampoco la había fuera. Después se acercaría un coche é inmediatamente una canción sería la señal de que la calle estaba libre.

Salí el día convenido; me quité el sombrero y esperé el globo. Se pasó media hora; oí el paso de un carruaje y la voz de un hombre que cantaba una canción desconocida; pero el globo no parecía por ninguna parte.

Pasó la hora que me concedían de paseo, y profundamente afectado, regresé á mi habitación, figurándome que algún contratiempo debía haber ocurrido.

Y en efecto, lo que menos se podía esperar fué lo que aconteció. Centenares de globos como el que se necesitaba se hallan siempre de venta cerca del Gostinoi Devor; pero aquella mañana no los había; ni uno solo pudo encontrarse. Al fin se halló uno en poder de un niño, pero estaba viejo y no se elevaba. Mis amigos corrieron á la tienda de un óptico, compraron un aparato para hacer hidrógeno, y aunque lo llenaron de éste, no consiguieron su objeto, porque se les olvidó secar el referido gas.

Entonces una señora, viendo que el tiempo se pasaba, ató el globo á su sombrilla, y manteniendo ésta en alto se paseó arriba y abajo por la calle; pero yo nada vi, porque, ó el muro era demasiado alto, ó ella tenía poca estatura.

Después de todo, aquel incidente, en apariencias desgraciado, fué una verdadera suerte para mí. Si llego á fugarme, mis perseguidores me hubieran dado alcance, porque el carruaje que debía conducirme, y que al terminar la hora se fué, siguiendo el itinerario de antemano aceptado, se encontró detenido en una calle estrecha por una docena de carretas que conducían leña al hospital. Los caballos de algunas se habían espantado, y en ciertos sitios obstruían el paso por completo; así que, de ir en él, nos cogen sin remedio.

Para evitar pudiera repetirse semejante contrariedad, se estableció un servicio de señales á lo largo de las calles que nuestro coche había de recorrer, á fin de que avisaran si ocurría novedad. Hasta la distancia de tres kilómetros, á partir del hospital, mis compañeros se colocaron de trecho en trecho de centinela; uno debía pasearse con un pañuelo en la mano, que se guardaría en el bolsillo si se aproximaban los carros; otro tenía que estar sentado en una piedra, levantándose si aquéllos se acercaban, y así sucesivamente. Todas estas señales, transmitidas de una calle á otra, debían, por último, llegar al carruaje. Mis amigos habían también alquilado la casita gris que yo veía desde el patio, y en una de sus ventanas, que estaría abierta, un violinista empezaría á tocar desde que recibiera la noticia de que la calle estaba libre.

La evasión se aplazó para el día inmediato; posponerla por más tiempo hubiera sido peligroso. La presencia del carruaje no había pasado inadvertida para la gente del hospital, y algo sospechoso debió haber llegado á oídos de las autoridades, puesto que en la noche que precedió á mi fuga oí al oficial de guardia decir al centinela que estaba colocado frente á mi ventana: «¿Dónde tenéis las municiones?» Y como el soldado las sacara torpemente de la cartuchera, empleando dos minutos en la operación, aquél le increpó con dureza, agregando: «¿No se os ha dicho que tengáis esta noche cuatro balas siempre á la mano?» No marchándose de allí hasta no ver que el centinela daba cumplimiento á lo ordenado, añadiendo al partir: «¡Mucho ojo!»



Era necesario que, sin pérdida de tiempo, me comunicasen las nuevas señas que habían adoptado. De ello se encargó una querida parienta mía, que al día siguiente, á las dos de la tarde, se presentó en la prisión, pidiendo que me entregaran un reloj que, como todos los objetos destinados á los presos, debía pasar por las manos del procurador; pero como sólo se trataba de un simple reloj sin estuche, llegó á mi poder sin dificultad. Dentro de él venía una pequeña nota en cifras que me ponía al corriente de todo. Al ver el papel quedé sorprendido de la audacia de la citada señora, que era además sospechosa á la policía por hallarse mezclada en asuntos políticos, y á quien hubieran preso en el acto si á alguno se le antoja abrir la tapa. Y, sin embargo, la vi salir tranquilamente de la prisión y alejarse con reposado paso á lo largo del boulevard.

A las cuatro, según costumbre, salí é hice mi seña, y al momento llegó á mi oído el ruido de un coche, y pocos minutos después, las notas de un violín que partían de la casita de enfrente, se oían distintamente en el patio. Pero entonces me encontraba en el otro extremo del edificio, y cuando volví á la parte más próxima á la puerta, esto es, á unos cien pasos de la misma, el centinela estaba tan cerca de mí, que tuve que resignarme á dar una vuelta más; pero antes de llegar al fin del lado opuesto, el violín dejó de pronto de tocar.

Se pasó más de un cuarto de hora, que para mí fué un siglo, hasta que vi entrar una docena de carros cargados de leña que se dirigían al otro extremo del patio.

Inmediatamente el violinista — que, dicho sea de paso, era un buen artista — empezó á ejecutar una excitante mazurca de Kotsky, que parecía decirme claramente: « ¡Audacia; ha llegado el momento! » Entonces me dirigí lentamente á la parte de la vereda más próxima á la puerta, temblando ante la idea de que la música se interrumpiera nuevamente antes de que llegara á ella.

Una vez allí, volví la cabeza: el centinela se había parado á cinco ó seis pasos de distancia y miraba á otro lado. « Ahora ó nunca », recuerdo que pensé con la velocidad del relámpago, y arrojando mi bata de franela verde, empecé la carrera.

Durante muchos días me había estado adiestrando en el modo de desprenderme lo más brevemente posible de prenda tan larga como embarazosa. Tal era su extensión, que yo llevaba en el brazo izquierdo su extremo, como hacen las señoras con las colas de sus vestidos de montar. No había manera de quitársela en un solo movimiento; corté las costuras bajo los sobacos, pero ni aun así logré mi deseo. Entonces me dediqué á aprender á hacerlo en dos: uno saltando la parte que iba sobre el brazo, y otro dejando caer la bata al suelo. Ensayé con paciencia en mi habitación hasta poder hacerlo con la misma precisión con que los soldados manejan sus fusiles. « Uno, dos », y la bata estaba en tierra.

No confiaba mucho en mis fuerzas, y empecé á correr con poca rapidez, á fin de economizar éstas todo lo más posible. Pero no bien había avanzado algunos pasos, cuando los campesinos que apilaban la leña en el otro lado del patio, gritaron: « ¡Que se escapa! ¡Detenedlo! », é intentaron interceptarme el paso. Entonces corrí todo lo más posible y no pensé más que en salvarme.

El centinela, según me dijeron después los amigos que presenciaron la escena desde la casa gris, corrió en mi persecución seguido de tres soldados que habían estado sentados junto á la puerta. El primero se hallaba tan cerca de mí, que se creía seguro de cogerme, y varias veces intentó alcanzarme con la bayoneta. Hubo un momento en que mis amigos me creyeron perdido, y otro tanto debió pensar aquél también, cuando, á pesar del poco espacio que nos separaba, no se decidió á disparar su fusil. Pero yo mantuve siempre mi distancia, y el centinela no pudo pasar de la puerta.

Una vez ésta franqueada, vi con terror que el carruaje se hallaba ocupado por un hombre vestido de paisano y con gorra militar, que estaba sentado sin volver la cabeza hacia mí. Mi primera impresión fué que había sido vendido. Los compañeros me decían en su última carta: « Una vez en la calle, no os entreguéis; no faltarán amigos que os defiendan en caso de necesidad »; y yo no quería saltar al coche, si estaba ocupado por un enemigo; pero al acercarme á aquél, noté que el individuo tenía patillas rubias muy parecidas á las de uno de mis mejores amigos, que, aunque no pertenecía á nuestro círculo, me profesaba verdadera amistad, á la que yo correspondía, y en más de una ocasión pude apreciar su valor admirable y hasta qué punto se tornaban en hercúleas sus fuerzas en los momentos de peligro. ¿Será posible — decía yo — que sea él? Y estaba á punto de pronunciar su nombre, cuando, conteniéndome á tiempo, toqué las palmas sin dejar de correr, para llamarle la atención. Entonces se volvió hacia mí y supe ya quién era.

« ¡Subid, subid pronto! — gritó con voz terrible, y después, dirigiéndose al cochero con revólver en mano, añadió: — ¡Al galope, al galope, ú os salto la tapa de los sesos! » El caballo, que era un hermoso trotador, comprado expresamente para el caso, salió en el acto galopando. Una multitud de voces resonaban á nuestra espalda, gritando: « ¡Paradlos! ¡Detenedlos! », en tanto que mi amigo me ayudaba á ponerme un elegante sobretodo y un *claque*.

Pero el peligro verdadero no lo constituían los perseguidores, sino el centinela del hospital que estaba al otro lado del sitio en que había esperado el carruaje y que podía detenerlo con facilidad, por cuya razón se encargó un amigo de distraerlo, cosa que consiguió admirablemente. Sabiendo que el soldado había estado empleado algún tiempo en el laboratorio del hospital, dió á la conversación un giro científico, hablándole del microscopio y las cosas tan admirables que con él pueden verse. Refiriéndose á cierto parásito del cuerpo humano, le preguntó:

— ¿Habéis visto alguna vez la cola tan formidable que tiene?

— ¡Cómo! ¿Cola?

— Sí, la tiene, y con el microscopio se percibe muy bien.

— No me vengáis con cuentos — le contestó el soldado.

— Es un hecho positivo; fué lo primero que vi al usar el microscopio.

Esta discusión tenía lugar mientras yo saltaba al coche y nos poníamos en marcha. Parece fábula; pero es una realidad.

El carruaje giró rápidamente al penetrar en una callejuela próxima al muro del patio donde los campesinos habían estado apilando la leña, quienes habían suspendido aquel trabajo por correr tras mí. El



movimiento fué tan brusco, que el vehículo estuvo á punto de volcar, siendo necesario que yo me inclinara hacia el lado contrario, impulsando en esa dirección á mi amigo, para evitar el accidente.

Más adelante tomamos á la izquierda. Dos gendarmes que estaban á la puerta de una taberna, al ver la gorra militar de mi compañero, le saludaron marcialmente. «Cálmate, cálmate — le dije al ver que aun estaba algo excitado —; todo va bien; hasta la policía nos saluda». En aquel instante el cochero se volvió hacia mí, y pude reconocer en él á otro amigo que me expresaba su satisfacción con una sonrisa.

Por todas partes veíamos compañeros que nos saludaban con la vista y nos animaban con el gesto, mientras nuestro hermoso caballo nos conducía á trote largo hacia la ancha vía del Neusky Prospekt. Una vez en ella, tomamos por una calle lateral y nos bajamos ante una puerta, despidiendo al cochero. Después subí rápidamente una escalera y arriba halléme con una parienta que, presa de terrible ansiedad, me esperaba con los brazos abiertos. La pobre reía y lloraba al mismo tiempo, aconsejándome cambiara pronto de traje y me cortara la sospechosa barba. Diez minutos después, mi amigo y yo salíamos de aquella casa y tomábamos un coche de punto.

Mientras esto ocurría, el oficial de guardia de la prisión y los soldados del hospital se habían lanzado á la calle para perseguirnos, dudando qué camino tomar. No se encontraba carruaje alguno en más de un kilómetro á la redonda, porque mis amigos los habían alquilado todos.

Una vieja campesina, demostrando tener más malicia que los demás, dijo, como razonando consigo misma: «Es casi seguro que se habrán dirigido hacia el Prospekt, y allí serán cogidos si alguien toma por esta callejuela que conduce en línea recta á aquel lugar». Así era, en efecto, y el oficial corrió á un tranvía que se hallaba inmediato, pidiéndole al cochero que prestase los caballos para enviar á dos soldados que nos interceptaran el paso; pero aquél se negó en absoluto y el oficial no apeló á la violencia.

El violinista y la señora que habían alquilado la casita gris, salieron también á la calle, mezclándose con la multitud, y allí oyeron á la vieja hacer su pérfida insinuación, marchándose después cuando la gente se dispersó.

Hacía una tarde espléndida. Nos dirigimos á las islas, sitio donde se reúne toda la aristocracia de San Petersburgo, en los hermosos días de primavera, para presenciar la puesta del sol.

Al paso nos detuvimos en una peluquería de una calle poco céntrica, con objeto de que me cortaran la barba, quedando así, aunque no mucho, algo desfigurado.

Paseábamos á la ventura, pues habiéndonos dicho que no fuéramos adonde debía pasar la noche hasta bien entrada ésta, no sabíamos en qué emplear el tiempo. «¿Qué haremos mientras tanto?», dije á mi amigo, quien, después de reflexionar un instante, dijo dirigiéndose al cochero: «A Donon», que es el nombre del mejor restaurant de San Petersburgo. «Nadie pensará en ir á buscarnos á Donon — agregó tranquilamente —; os supondrán en todas partes menos allí, y comeremos, y beberemos una copa en celebración del buen éxito de vuestra fuga».

A tan razonables palabras nada tuve que contestar. Fuimos, pues,

al lugar indicado; atravesamos los salones brillantemente iluminados y cuajados de clientes que acudían á la hora de comer, y nos instalamos en un gabinete reservado, donde pasamos el tiempo hasta llegar la hora convenida.

La casa en que primero paramos después de la evasión fué registrada por la policía dos horas después de abandonarla nosotros, cabiendo igual suerte á la mayor parte de las de nuestros amigos. Pero nadie tuvo la idea de ir á buscarnos á Donon.

\* \* \*

Dos días más tarde debía trasladarme á una casa que habían tomado para mí, y en la que me podría instalar provisto de un pasaporte falso. Mas la señora que debía acompañarme en carruaje tomó la precaución de ir primero ella sola á hacer un reconocimiento, del cual resultó que la referida casa estaba muy espiada por la policía, pues eran tantos los amigos que habían ido allí á preguntar por mí, que al fin despertaron la suspicacia de las autoridades. Además, la Sección Tercera había distribuido mi retrato con profusión entre sus esbirros y agentes secretos. Todos los que me conocían de vista me buscaban por todas partes, y los que no, iban acompañados de soldados y carceleros que me habían visto en la prisión.

El zar estaba furioso de que semejante fuga hubiera podido efectuarse en su capital, en pleno día, ordenando que era necesario me *encontraran* á toda costa.

En tales condiciones era imposible permanecer en San Petersburgo, y fui á ocultarme á una casa de campo en sus inmediaciones. Acompañado de media docena de amigos, permanecí en un pueblecito frecuentado en esa época del año por los habitantes de la capital. Allí se decidió que debía marchar al extranjero. Pero por un diario del exterior habíamos sabido que la frontera, lo mismo en las provincias del Báltico que en Finlandia, estaba escrupulosamente vigilada por policías que me conocían personalmente. Razón por la cual resolví seguir la dirección que ofreciera menos peligro.

Provisto del pasaporte de un amigo y acompañado de otro, atravesé la frontera, llegando hasta el Norte del golfo de Botnia, donde embarqué para Suecia.

Una vez á bordo del vapor, y ya próximo á partir, el amigo que me acompañó hasta la frontera me dió noticias de San Petersburgo, que había prometido no comunicarme hasta última hora. Mi hermana Elena acababa de ser detenida, así como la cuñada de mi hermano, que me había visitado una vez en la cárcel, un mes después de la partida de Alejandro y de su mujer para Siberia.

Mi hermana ignoraba por completo los preparativos de la fuga; sólo después de haberse efectuado tuvo de ella noticia por un amigo que le comunicó tan fausta nueva. Pero todas sus protestas fueron estériles; la arrancaron del lado de sus hijas y la tuvieron presa quince días.

La otra tenía una noción ligera del asunto; pero no había tomado parte alguna en los preparativos. El sentido común debía haber demostrado á las autoridades que una persona que me había visitado oficial-



mente en la cárcel, no podía tomar una parte activa en semejante aventura. A pesar de ello, estuvo presa más de dos meses. Su marido, un eminente juriconsulto, trató en vano que la pusieran al instante en libertad. «Sabemos ahora — le contestaron los jefes de la gendarmería que ella no ha tenido participación en la fuga; pero como hemos dado parte al emperador de haber detenido á la persona que la había organizado, es necesario que pase algún tiempo para que el zar pueda acostumbrarse á la idea de que no está en nuestro poder el culpable».

Atravesé Suecia sin detenerme en parte alguna, yendo á Cristiania, donde esperé algunos días la salida de un vapor para Hull, aprovechando aquel intervalo en adquirir informaciones respecto al partido de los agricultores del *Storthing* noruego.

Cuando me dirigía al buque, me preguntaba lleno de ansiedad: «¿Bajo qué bandera navegará? ¿Será noruega, alemana ó inglesa?» Mas pronto vi flotar sobre la popa la *Union Jack*, bandera á cuya sombra tantos refugiados rusos, italianos, franceses, húngaros y de todas las naciones, han hallado un asilo. Saludé desde el fondo de mi corazón la bandera del pueblo hospitalario.

## PARTE SEXTA

### LA EUROPA OCCIDENTAL.

#### I.

Al aproximarnos á las costas de Inglaterra estalló una tempestad en el Mar del Norte. Pero aquello, en vez de causarme disgusto, me produjo placer; la lucha de nuestro vapor contra las embravecidas olas me encantaba, dejando transcurrir horas enteras sentado en la proa, recibiendo en el rostro la espuma del furioso mar. Después de los dos años que había pasado en una sombría casamata, todas las fibras de mi ser parecían anhelantes y ansiosas de gozar de la completa intensidad de la vida.

Mi propósito era no permanecer en el extranjero más que algunas semanas ó meses, cuando más; únicamente lo preciso para dar lugar á que se disipara la polvareda levantada con motivo de mi fuga, y al mismo tiempo restablecer algo mi salud. Desembarqué bajo el seudónimo de Levashoff, que fué el que usé al salir de Rusia; y no pensando en ir á Londres, donde los espías de la embajada rusa darían pronto con mi paradero, me marché primero á Edimburgo.

Pero las cosas se arreglaron de tal modo que, á pesar de semejantes intenciones, no he vuelto más á Rusia. Pronto me vi arrastrado por la ola del movimiento anarquista, que entonces precisamente se elevaba en la Europa occidental, y creí que podría ser más útil ayudando á aquél á desenvolverse y hallar su forma propia de expresión, que cuanto me hubiera sido dado hacer en mi país. En él era demasiado conocido

para poder efectuar una propaganda eficaz, especialmente entre los obreros y agricultores, y más tarde, cuando el movimiento se convirtió allí en una conspiración permanente y una lucha encarnizada contra los representantes de la autocracia, toda idea de una acción popular fué necesariamente abandonada. Mis propias inclinaciones, por otra parte, me impulsaban cada vez con más intensidad á unir mi suerte á la de las clases trabajadoras y desheredadas. Presentarles ante su vista tales concepciones que puedan ayudarles á encaminar sus esfuerzos en la dirección que más convenga al interés de todos los productores en general, profundizar y ensanchar los ideales y principios que han de servir de base á la futura revolución social, desarrollándolos y haciéndolos comprensibles á los trabajadores, á fin de que influyan en ellos no como una orden emanada del jefe, sino como resultado de su propio raciocinio; despertando de este modo su iniciativa individual, ahora que están llamados á aparecer en la clásica arena como los fundadores de un nuevo y equitativo modo de organización de la sociedad; lo cual me parecía tan necesario para el desarrollo de la humanidad como todo lo que en esa época hubiera yo podido hacer en Rusia. De acuerdo, pues, con estas ideas, me uní á los pocos hombres que trabajaban en tal sentido en la Europa occidental, relevando á aquellos á quienes largos años de una lucha penosa habían dejado fuera de combate.

\* \* \*

Cuando desembarqué en Hull y fuí á Edimburgo, sólo á muy pocos amigos de mi país y de la Federación del Jura informé de mi feliz llegada á Inglaterra.

Un socialista debe confiar siempre para vivir en su trabajo personal, y, en su consecuencia, tan pronto como me instalé en una pequeña habitación situada en un barrio extremo de la capital de Escocia, procuré buscar algún trabajo.

Entre los pasajeros que venían á bordo de nuestro vapor, había un profesor noruego, con quien conversé más de una vez, procurando recordar lo poco que antes sabía de la lengua sueca. El hablaba alemán; pero al ver que yo trataba de aprender su idioma, me dijo: «Puesto que sabéis alguna cosa, hagamos uso del noruego».

— ¿Queréis decir sueco? — me atreví á preguntar — ¿No es esto lo que hablo?

— Me parece más bien noruego que otra cosa — fué su contestación.

Ocurriéndome así lo mismo que á uno de los héroes de Julio Verne, que aprendió por equivocación portugués en vez de castellano. De todos modos, lo cierto es que hablé largo y tendido con el profesor, aunque fuera en noruego, y él me dió un periódico de Cristiania que contenía la Memoria de la expedición ártica que acababa de regresar á su país.

Desde el momento que me vi en Edimburgo escribí un suelto en inglés respecto á estas exploraciones y se lo remití á *Nature*, que mi hermano y yo leíamos con regularidad desde su primera aparición. El subdirector acusó su recibo, dando al mismo tiempo las gracias y observando con una marcada benevolencia que á menudo he encontrado después en su país, que mi inglés resultaba aceptable, no necesitando más que ha-